EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9467

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Península.—Un mes, 3 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 1'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1 ó 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 23 DE MAYO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

EL ESTABLECIMIENTO de ferretería y batería de cocina, que los Sres. Hernández Hermanos tenían establecido en la calle de Cuatro Santos número 18, se ha trasladado á la del Aire, número 2, esquina á la de San Miguel.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jaulones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de marmol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONES.—PUERTA DE MURCIA.

LITERATURA EXTRANJERA.

SUEÑO.

¡Quisiera saber un idioma más rico en palabras que todos los conocidos, un idioma que me sirviera para relatar lo que veo y lo que siento en mis sueños.

Cuando hago un ensayo con las frases comunes, ordinarias, solamente me es posible dar una explicación insípida en la cual no pueden encontrar los que la lean todo lo que yo desearía que encontraran. Yo soy el único que distingo, detrás de esa acumulación de vocablos, el abismo insondable de lo fantástico, de lo ideal, de lo intangible.

Las extravagancias con que los espejismos del sueño se suceden y cambian, nos hace incurrir en una equivocación. Decimos generalmente: «He estado soñando toda la noche» y tal vez la duración del sueño no ha excedido de un minuto.

***

La visión de que voy á hablar, es posible que no haya durado más que algunos segundos y me fundo para suponer esto en que á mí me ha parecido muy corta, súmamente corta con relación á otras visiones.

La principal imagen se ha esclarecido en dos ó tres veces por virtud de movimientos rápidos, semejantes á la aparición y desaparición de una luz colocada detrás de un trasparente, de una luz indecisa, de forma indeterminable, de una luz que brota del caos, del no ser.

La luz se convierte luego en rayo de sol que entra por mi ventana, posándose en el suelo. Al mismo tiempo asalta mi imaginación un recuerdo vago de algo que no puedo expresar, un presentimiento rápido que conmueve hasta el fondo de mi alma.

Empiezo á precisar.

Es el rayo de sol que entra, por la tarde, por una ventana que da á un jardín, jardín exótico en el cual, aunque no lo he visto, se que hay mangas y bananos...

Ahora, las partes relativamente oscuras van aclarándose y yo observo, estremeciéndome la dilatación de la luz.

Nada más simple que lo que contemplan los ojos de mi alma.

Un cuarto pequeño con paredes de madera, varias sillas de paja, una consola, y sobre ella un reloj del tiempo de Luis XV; la péndula tiene un balanceo casi imperceptible.

Yo he visto todo aquello y no puedo acordarme donde y me agito lleno de angustias, delante de un velo tenebroso que está corrido en un punto dado de mi memoria y que me impide escudriñar lo que hay más allá...

Recapacitemos.. Esta es la tarde; esta es la luz de un sol dorado que va á extinguirse; este es el reloj cuyas manecillas señalan las seis...

Las seis de que día para siempre perdido en el abismo eterno? ¿que día de que año lejano y desaparecido?

Las sillas de la habitación parecen tener una respetable antigüedad; sobre una de ellas hay un sombrero de paja blanca, sombrero de mujer; su forma es también antigua.

Me detengo y un nuevo estremecimiento me sacude con más fuerza.

La luz pierde su brillantez, se amortigua; apenas es ahora la turbia claridad de los sueños ordinarios.

Yo no se, no comprendo.: Pero á pesar de todo juraría que he estado en esa humilde casa, que conozco la vida que en ella se hace—vida melancólica de los habitantes de las colonias en época lejana, cuando las distancias eran más largas y los mares más desconocidos.

Y mientras contemplo el sombrero de paja blanca que va borrándose poco á poco, como todos los demás objetos que hay allí, me asalta esta repentina idea: «Entonces es que *ella* ha entrado».

Y en efecto; *ella* aparece; *ella* que estaba detrás de mí sin que yo la viera ni la sintiera entrar; *ella*, que quedó en la parte obscura, en el fondo del departamento á donde no llega el rayo de sol... *Ella* tiene forma vaga, como un diseño de colores apagados, trazado sobre una sombra gris. Ella es muy joven, criolla, con la cabeza desnuda de todo adorno, con cabellera abundante con grandes bucles que caen alrededor de su frente y que me recuerdan un antiguo peinado.

Voy distinguiéndola mejor. A sus hermosos ojos asoma el deseo de hablarme; su rostro es presa, á la vez que de melancolía, de candor infantil; no es perfectamente bella, pero si encantadora. Y ante todo y sobre todo es *ella*. *Ella*, una palabra que tiene exquisita dulzura; una palabra que tal como yo la entiendo, es la más poderosa razón que puede invocar un hombre para vivir y expresa lo inefable, lo infinito. Decir que no la reconozco sería la mayor simpleza. Todo mi espíritu se dirije hacia ella impulsado por fuerza incontrastable, y este movimiento tiene un no se qué de sordo, de horriblemente sofocado, como el esfuerzo imposible de un cadaver que tratara de recobrar la vida después de años y años pasados bajo la losa de un sepulcro.

Por lo general, una emoción muy fuerte [illegible] un sueño [illegible] los impal[illegible] hilos y todo [illegible]

Desaparece una, la frágil trama, una vez rota, flota un instante y se evapora con mayor rapidez que la que emplea el espíritu para alcanzarla y detenerla; desaparece como un jirón de gasa que el huracán arrastra á sitios lejanos, inaccesibles.

Pero nó; esta vez no me desperté y el sueño se prolongó, aunque cada vez más incoloro, más confuso.

Un instante estuvimos ella y yo mirándonos, dominados por el anhelo del recuerdo, inertes, sin voz para hablarnos y casi sin ideas que expresar, sumidos en una deliciosa angustia... Después nuestros ojos se nublaron y nuestras figuras perdieron algo de sus contornos... La luz descendía, descendía siempre.

Ella salió y yo la seguí. Entramos en un vasto salón de paredes blanqueadas en el cual había muy pocos muebles.

Nos aguardaba allí otra sombra de mujer vestida muy sencillamente, mujer en la que yo creí reconocer á la madre de la otra. Sin ponernos de acuerdo, sin cambiar una sola palabra, como si obedeciéramos á una antigua costumbre, salimos los tres del salón... ¡Dios mío, cuantas palabras harían falta para explicar sucintamente todo aquello que pasaba sin ruido entre personajes diáfanos que se movían como reflejos, próximos á extinguirse en una obscuridad creciente y turbia!...

Salimos los tres á una calle estrecha, muy triste y muy sombría, con dos hileras de casas, con grandes árboles... Al final, el mar... No se veía, pero se adivinaba. Todo aquello visto desde la penumbra donde viven los muertos, producía una impresión extraña como la que debo experimentarse en destierro lejano, como la que se hubiera sentido hace cien años al recorrer las calles de la Martinica. Grandes pájaros revoloteaban en la pesada atmósfera. A pesar de la semi-obscuridad que nos rodeaba sabía yo fijamente que era la hora del crepúsculo vespertino; que habíamos salido á la calle obedeciendo á una antigua y arraigada costumbre: que dábamos nuestro paseo de la tarde.

Pero las impresiones recibidas iban amortiguándose; las dos mujeres, ya no eran visibles para mí; de ellas no me quedaba más que la ilusión de dos espectros que caminaban á mi lado, deslizándose sobre la tierra... Después nada... ¡todo se extinguió para siempre en la noche del verdadero sueño!

. . .

¿Cuanto tiempo dormí después de haber soñado? ¿Una hora? ¿dos horas?... No lo sé. Al despertar sentí una conmoción interior, un sobresalto que me hizo abrir los ojos desmesuradamente.

Desde luego encontré en mi memoria copia exacta de la visión en su momento de mayor intensi-